

MESA REDONDA- SEMINARIO DE OURENSE. (16-III-2004)

Influencia y actualidad del Seminario en la sociedad ourensana.

Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Camilo Lorenzo Iglesias, Obispo de Astorga

Saludo al Sr. Obispo, Mons. Luis Quinteiro y a los intervinientes en esta mesa redonda que modera el Sr. Rector D. Jorge Estévez.

Ilustrísimas autoridades, Presidente y Junta Directiva del Liceo. Amigos sacerdotes, seminaristas y todos los que estáis asistiendo a esta mesa redonda dentro del programa de actos organizados para celebrar los 200 años del Seminario Diocesano y en vísperas de la fiesta de San José, Día del Seminario.

Agradezco la invitación para participar en esta mesa redonda sobre el Seminario de Ourense, mi Seminario. Como pueden suponer, el corazón nunca se despega del todo de aquello que ha sido centro de la propia vida durante muchos años

Espero que este acto, estando próximo el Día del Seminario, contribuya también al crecimiento de las vocaciones al sacerdocio, ministerio imprescindible en la vida de la Iglesia, y haga crecer la sensibilidad de los creyentes, a fin de que las promocionen.

El Seminario de la Inmaculada y el Seminario del Divino Maestro fueron durante muchos años «mis Seminarios» y, aunque de otra forma, no dejarán de serlo nunca.

Porque a los 14 años ingresé en el Seminario Menor, en donde cursé los estudios medios y después en el S. Mayor los estudios eclesiásticos, que concluí en 1966, año en que fui ordenado presbítero.

Si tuviera que resumir estos años, tendría que decir que tuvieron sus dificultades, como el frío en el invierno, vacaciones de Navidad en el internado, preocupaciones normales en los momentos de tomar decisiones... pero fueron años felices.

Como nunca tuve grandes dificultades en los estudios, ni se me hacía muy costosa la vida del internado, y además me gustaba mucho jugar al fútbol, y sobre todo porque quería ser sacerdote, lo pasaba bien.

Debo dejar constancia de mi gratitud a los Rectores, formadores, profesores, así como a mis párrocos por todo lo que me dieron en estos años de Seminario.

Terminados los estudios eclesiásticos, el Sr. Obispo, D. Ángel Temiño, me pide que vaya a la Universidad para hacer una especialidad de Ciencias. ¡Bien sabe Dios lo que me costaba! Pero cuando me dijo que esto era lo que me pedía la Iglesia, no puse dificultad. Sin embargo lo más difícil no fueron los estudios, que lo fueron y mucho, sino superar la resistencia interior que sentía, sobre todo en los primeros cursos, a dedicar tanto tiempo a las materias que debía superar. También esta etapa tenía como centro el Seminario, al que volvería al terminar los estudios

Pasados 11 años como profesor, mientras hacía con D. José Iglesias un viaje cultural por tierras andaluzas y estando en la Casa Sacerdotal de Málaga, recibí el aviso de pasar por el Obispado, pues el Sr. Obispo, D. Ángel Temiño, quería verme. Me pide que vaya al Seminario Menor como Rector, comenzando así una nueva etapa.

Ahora sí que no podía tener el corazón en otras cosas. Clases, trato con seminaristas y padres, con compañeros, formadores y profesores... ocupaban todas las horas del día y algunas de la noche. Preocupaciones, alegrías y problemas compartidos con los compañeros formadores y la cercanía y amabilidad con que me trató siempre D. Ángel Temiño, a quien cada día que pasaba valoraba y quería más, hicieron llevaderas todas estas tareas.

Continué la estancia en la Rectoría del Seminario Menor con la llegada del nuevo Obispo Mons. José Diéguez, amigo y compañero de estudios en Santiago.

Más tarde, por su deseo acepté, con gran preocupación, pasar al Seminario Mayor como Rector. Era consciente de la dificultad y del reto que suponía el rectorado, ya que no podía dar clase a los seminaristas mayores y me parecía difícil mantener una buena relación con ellos. Sin embargo con la ayuda de Dios, que nunca falta, y la abnegada colaboración de sacerdotes tan queridos como D. Manuel y D. Evaristo, formamos un equipo y fuimos realizando la tarea que se nos había encomendado.

Los aciertos y desaciertos en estas etapas no debo juzgarlos yo, aunque solamente sea por aquello de que nadie es juez en propia causa. Lo que sí puedo decir es que entusiasmo, esperanza y ganas no nos faltaron.

Con todo lo dicho quiero dejar constancia de que mi vida desde el ingreso en el Seminario hasta que salí de Ourense para, un poco como Abrahán, ir a una tierra desconocida, el Seminario, sin excluir otras preocupaciones, fue el centro de mi vida. En él estaba mi corazón.

Después de los años pasados, recordando todo lo que viví como seminarista, profesor o Rector, puedo destacar algunos aspectos importantes:

1 - El Seminario es un Centro de formación:

El Seminario Menor ofrece una formación orientada al sacerdocio. Pero es fundamentalmente una formación humana, que busca hacer de cada muchacho un cristiano en un ambiente que le permita ver con claridad a qué le llama Dios. Si esa llamada no es al sacerdocio, lo que reciba el seminarista debe permitirle vivir otras vocaciones según el Evangelio. Tal vez nadie ha realizado un estudio completo de las trayectorias que han seguido los que han pasado por el Seminario; pero una de las intervenciones durante esta mesa redonda nos acercará a su conocimiento. Estoy seguro que todos conocemos a algunos que se han desligado de la fe y también a otros muchos que siguen intentando día a día ser buenos profesionales, buenos padres de familia y buenos cristianos.

Sería un precioso estudio conocer estadísticamente la vida profesional de los que han pasado por el Seminario y también su vida religiosa; si son o no practicantes, así como su valoración de la Iglesia.

Pero uno conoce testimonios que manifiestan una valoración muy positiva de la formación recibida y que recuerdan el Seminario con gratitud.

2 - Formación espiritual:

El fruto más significativo del Seminario es el conseguir formar sacerdotes. No tengo tampoco estadística para ofrecerla, pero creo que puedo afirmar que una media de cuatro ordenaciones por año se han conseguido.

Si pienso en mis veintitrés años de profesor y rector, deduzco que al menos he tomado parte en la formación de noventa sacerdotes. También otros muchos han recibido una formación cristiana básica o tal vez superior, que les ha permitido ser testigos de la fe en el mundo a través de su vida laboral, social, cultural, y principalmente en su vida matrimonial y familiar.

Y me parece que debo destacar que el Seminario de Ourense ha tenido una característica muy singular, cual fue el mantener siempre la orientación vocacional, que se señaló en años pasados con esta frase: «Ser Seminario, Seminario».

Esto supuso mantener siempre claro que era Seminario, es decir, centro en el que se cultivaban los gérmenes vocacionales. Todos sabíamos que en él debían estar los que tenían estos gérmenes vocacionales, aunque no se excluía a los que, siendo buenos muchachos, pudieran descubrir más adelante la vocación sacerdotal.

Para intentar conseguir este objetivo se cultivaba la oración personal, Santa Misa diaria, así como el santo rosario, los retiros adecuados a cada etapa, etc.

Además nunca faltó la figura del Director espiritual, que acompañaba y animaba a cada seminarista de manera personalizada.

En el Seminario Mayor siempre se mantuvo un tiempo razonable de oración cada día, Santa Misa y liturgia de las horas, retiro mensual, lectura espiritual, ejercicios espirituales cada curso durante una semana...

Y no es de menor importancia la vida de comunidad, que hace descubrir la necesidad de la comunión y fraternidad, para lograr una buena integración en el presbiterio diocesano.

Agradezco la oportunidad que se me ha ofrecido de exponer mis vivencias y valoración de los casi 40 años en los que mi vida estuvo centrada en el Seminario.

Al mismo tiempo deseo que el Seminario de Ourense y mi Seminario de Astorga reciban suficientes jóvenes a los que formar para que sean sacerdotes, de manera que las comunidades puedan ser bien atendidas e incluso suficiente ayuda a otras Iglesias

Llamo a la colaboración a los padres y madres, a los profesores y catequistas, y sobre todo a los sacerdotes, para suscitar y cultivar las vocaciones sacerdotales.

La Iglesia necesita del ministerio ordenado. El Seminario ha tenido y tiene influencia en la sociedad, especialmente a través de los sacerdotes que ha formado y que ha de seguir formando. Pero, además, también ha formado hombres que sirven a la sociedad en otras profesiones con talante cristiano.

Gracias por su atención.